

La distancia infinita: efectos y potencialidades de la participación en espacios virtuales

Marcelo Scotti
FLACSO Argentina



Presencia en la virtualidad - efectos de presencia - constancia - singularidad - proximidad

Palabras
Clave

En el programa “Psicoanálisis y prácticas socio-educativas”, que depende de FLACSO Argentina, estamos trabajando en un dispositivo con aulas virtuales que ha tenido distintas formas desde el año 2007: posgrado, diploma y, más tarde, especialización. Allí, mi rol consiste en moderar el espacio de cine, que tiene dos particularidades algo excéntricas. En primer lugar, el tema no se ajusta de manera directa a los materiales centrales de la propuesta pedagógica de Psicoanálisis, sino que ocupa un lugar lateral. Y, en segundo lugar, el espacio que me ha tocado elaborar y moderar no es un espacio de participación obligatoria. Sin embargo, nos hemos encontrado con la sorpresa –renovada hasta el presente– de que es el espacio en el que más participan los/as cursantes.



Esta situación nos ha permitido elaborar, a lo largo del tiempo, una serie de hipótesis respecto al encuentro con los/as colegas que se acercan a compartir las distintas propuestas. También nos ha permitido repensar qué es lo que se pone en acto en ese espacio que damos en llamar “Ficciones, cultura y subjetividad”, en el que proponemos una conversación sobre películas elegidas en función de la propuesta central de los cursos.

A partir de estas reflexiones, entonces, hemos elaborado una hipótesis triple en relación con las potencias del espacio de ficciones de nuestra propuesta (o con aquello que reconocemos como las potencias del espacio). Se trata de ciertos efectos de la participación en la virtualidad que comprobamos y verificamos en el curso de las distintas cohortes. El primero de esos efectos es el de la *constancia*; el segundo, el de la *singularidad*; y el tercero, el efecto de la *proximidad*. Por supuesto nada de esto sería posible sin la distancia, que es lo que nos conecta y a la vez nos separa de nuestros/as estudiantes.

El término *constancia* tiene una connotación más bien gris, que alude, sobre todo, a las rutinas, a la regularidad, a las continuidades. Sin embargo, en el Programa nos gusta pensarla

de otra manera. El trabajo que compartimos con los/as colegas consta en un espacio determinado y ha dado lugar a un encuentro fecundo que continúa renovándose con más de dos mil participantes. En este sentido, consta en tanto que los espacios alojan la palabra del/a otro/a, la palabra del/a participante, la reconoce, le da un lugar, le da un estatuto de pertinencia. De alguna manera, por supuesto, esto lo habilita el espacio virtual en el que se escriben esas palabras. Pero también –y me parece muy importante pensarlo en relación con las tutorías y con el trabajo docente en la modalidad virtual– consta en el sentido de que alguien recoge algo de esa palabra. Es decir, la palabra no queda ahí para cumplir con una tarea (de hecho, no cumple ninguna tarea puntual porque la participación en ese espacio no es obligatoria. Hay algo del orden del deseo en la base de esa participación). El hecho de que nuestros/as colegas participen de los cursos y se acerquen a escribir en un espacio no obligatorio genera también una apelación al/a otro/a: quien que está del otro lado debe hacer algo con esa palabra, que espera ser reconocida. La propia palabra, que se elabora, que se escribe en un espacio de reelaboración de sentidos, no puede caer en el vacío, no puede pasar desapercibida.

A partir de esa constancia reconocemos otra operación, que no es estrictamente la que habilitan los/as tutores/as: la de la *singularidad*. La palabra del/a otro/a es singular. Esto forma parte de las potencias de los espacios virtuales, en el sentido de que la palabra está ahí y queda ahí para ser (re)leída, reelaborada, cruzada con otras palabras. En el acto de escribir en un espacio virtual siempre se supone la apelación a un/a otro/a que está presente, aunque no sea una presencia física. En ese mismo acto, además, se expresa algo muy propio del sujeto, que el/la docente tiene el desafío de incentivar y alojar. Esa singularidad de la participación plantea ciertos desafíos vinculados a cómo trabajar como moderador/a en un espacio virtual. Normalmente, se nos plantea la dificultad de tener que atender la participación de muchas personas que, en líneas generales, se producen más o menos al mismo tiempo. Para salir del paso, tendemos a hacer una síntesis, un promedio, una condensación de sentidos. Esas operaciones suelen alentar muy poco el compromiso con el otro. En un espacio como este, en el que, insisto, la participación no es obligatoria, es necesario recuperar esa palabra, singularizarla como manera de fomentar el compromiso, la implicación, la voluntad de continuar desplegando la propia subjetividad en un espacio en el que el cine, en tanto arte, abre los sentidos de otras maneras.

Finalmente, el efecto de la *proximidad*. En este caso, la pregunta es cómo construir proximidad en la virtualidad. Como ya se planteó en otras exposiciones   en esta misma jornada, muchas veces se piensa la distancia como una dificultad.

A lo largo de estos años de trabajo conjunto, construimos una proximidad notable con muchos/as de los/as participantes. Esto se hizo especialmente visible cuando comenzamos a elaborar el libro *Para abordar el malestar en las prácticas socioeducativas. A través del cine, en diálogo con el Psicoanálisis* (2018). En él participan muchos/as colegas que nos han acompañado desde el 2007. Incluso, colegas con quienes no habíamos vuelto a tener contacto desde que terminaron sus respectivas cursadas. Cuando volvimos a comunicarnos y los/as invitamos a participar de un libro que reflejaría esa voluntad de encontrarse con el/la otro/a, con quienes habíamos compartido el trabajo en los foros a lo largo del tiempo, inmediatamente hubo muchos/as interesados/as.

Con esto quiero señalar que la proximidad es un efecto. Solo puede comprobarse por medio de los efectos. No es simplemente un supuesto o una enunciación. Pero, además, tiene que ver con la distancia. Desde nuestra perspectiva, la proximidad es la otra cara de la distancia, en el sentido de que es una distancia que habilita, que aloja al otro y le permite operaciones de autonomía, de (re)lectura, de (re)escritura y de escucha.

Vemos allí una serie de potencias propias de la educación virtual que son difíciles de tramitar en las aulas físicas. En cada una de las cohortes y en nuestro libro se reúnen colegas del todo país (e incluso de otros países). Esto no hubiera sido posible sin la mediación de la virtualidad.

Referencias

SCOTTI, Marcelo y ZELMANOVICH, Perla (2018): *Para abordar el malestar en las prácticas socioeducativas. A través del cine en diálogo con el Psicoanálisis*. Rosario: Homo Sapiens.